

éste y en transformar sus empleos en señoríos independientes. En algunas comarcas, el territorio real se convierte, gracias á sus exacciones, en un desierto; y en general la población teme tanto al preboste capeto como al pequeño feudalismo que la saquea.

En los burgos y ciudades en donde el rey no es señor único, como en Beauvais, en Noyón, en Amiéns, en Soissons y en Sens, posee el monarca algunas casas y una gran torre que guardan en su nombre «vizcondes» ó «castellanos;» pero estos comandantes militares abusan también de su poder y se hacen odiosos, lo mismo á los ciudadanos á quienes roban, que al propio rey á quien despojan de sus derechos, apropiándose de los productos debidos al fisco ó perpetuándose hereditariamente en sus funciones. Estos agentes se han convertido poco á poco en feudatarios; pero aunque dejan de prestar servicios á la monarquía, no cesan de compartir con ella el territorio y los impuestos. El patrimonio capeto, ya mermado por las donaciones hechas á la Iglesia y por los beneficios otorgados á los soldados, sería insuficiente para mantener á la dinastía reinante si de cuando en cuando no vinieran nuevas adquisiciones á llenar los huecos territoriales y á reparar las brechas del tesoro. Príncipe ávido, venal, encerrado en una política mezquina porque carece de dinero y de soldados y porque antes que reinar es preciso vivir, tal se nos ofrece aquel á quien ha correspondido el irrisorio honor de representar á Francia en Europa y de perpetuar la tradición de los Carolingios.

En teoría, el feudalismo no le disputa ninguna de las prerrogativas de rey; pero de hecho le ha imposibilitado para ejercerlas. Los grandes feudatarios son para él soberanos extranjeros; cumplen como mejor les place las obligaciones feudales y rinden homenaje cuando quieren; atienden las citaciones que de París reciben si son parientes ó aliados del rey; pero se abstienen de presentarse en la corte si son hostiles ó indiferentes. Si el monarca reclama el servicio de huésped en nombre de los intereses generales del país, les es difícil substraerse al llamamiento, pero para quedar en paz con él pueden limitarse á enviarle algunos hombres armados. En el territorio de los feudatarios, el rey no tiene sobre los vasallos de éstos derecho alguno, y lo que pasa en el interior de su feudo escapa por completo á su inspección. A fines del siglo XI ya no se ve lo que sucedía algunas veces en los primeros tiempos del establecimiento de la dinastía, ó sea al rey hospedándose en los Estados de sus altos barones, residiendo en su capital y celebrando en ella las solemnes audiencias de justicia del reino. Confinado en lo sucesivo en su territorio, no sale de él como no sea para guerrear, visitar un santuario famoso ó acudir con gran pompa á una conferencia con los reyes vecinos. En la misma Isla de Francia, sus vasallos inmediatos sólo le obedecen cuando se presenta á la puerta de sus castillos con gran acompañamiento. Fuera de sus dominios, un aislamiento casi absoluto; dentro, la penuria, la imposibilidad de intentar grandes empresas, la dificultad de salir bien hasta de las pequeñas y la vergüenza de no poder hacerse obedecer por un castellano y de verse puesto en jaque por un torreón: á tal extremo hállase reducido el sucesor de Hugo Capeto.

Si no tuviera su título, el privilegio de la consagración y ciertos derechos lucrativos ú honoríficos que ha

podido conservar sobre obispos ó abadías alejados de su patrimonio, sería imposible distinguir al rey de Francia de un señor ordinario; quédanle únicamente los recuerdos del pasado, la esperanza de ver en lo porvenir convertidos en realidades sus poderes virtuales, y el disfrute, en el presente, de las simpatías de los monjes y de los clérigos, que miran como á uno de los suyos á ese hombre del que el ungimiento ha hecho un santo.

CAPÍTULO VI

LA CIVILIZACIÓN

I. La lengua y la literatura.—II. La enseñanza.—III. El libre pensamiento.—IV. Caracteres generales del arte romano.

I.—La lengua y la literatura (1)

La Francia del siglo XI, una por la fe, pero dividida por su constitución política y social, da á la historia el espectáculo de los más sorprendentes contrastes. Pocas épocas se caracterizan por una oposición más absoluta entre la expansión desordenada de la fuerza material, puesta al servicio de un individualismo sin freno, y la energía del sentimiento religioso que ha tomado soberanamente posesión de todas las conciencias. Del mismo modo, en la esfera de los hechos intelectuales, la variedad casi infinita de las manifestaciones del pensamiento y del arte no impide la probada identidad de las aspiraciones y de las formas esenciales derivadas de una creencia común á todas las clases de la nación. En aquella Francia anárquica en donde chocan entre sí los mil señoríos de la espada y del altar, la idea religiosa reina en absoluto en materias de literatura, de enseñanza y de producción artística.

La lengua que hablan los franceses está fraccionada como su territorio; el particularismo del dialecto no es menos intenso y vigoroso que el de la provincia ó del feudo. Desde la época merovingia, el latín vulgar, idioma hablado por los galo-romanos, se transformaba y convertía en el romano y de un extremo á otro del territorio nacional existían, al lado del latín sabio que hablaba y escribía el clero, los dialectos de que se servían el pueblo y los nobles y que eran más armoniosos y más sonoros en el Mediodía y más sordos y más contraídos en el Norte. El francés propiamente dicho, ó *lengua de oil*, extendíase por todas las provincias situadas al Norte del Loira, así como por la Saintonge, el Poitou, el Berri, la Borgoña y el Franco-Condado; el provenzal, ó *lengua de oc*, estaba separado de él por una línea trazada desde Burdeos á Lyon, que seguía el curso del Ródano y los Alpes y englobaba, por el lado de España, á los territorios catalanes. Pero las diferencias entre

(1) OBRAS DE CONSULTA.—*Histoire littéraire de la France*, tomo VII. Gastón París, *La littérature française du Moyen âge*, segunda edición, 1890. Petit de Julleville, *Histoire de la langue et de la littérature française*, tomo I, 1896. Suchier, *Le Français et le Provençal*, traducción Monat, 1891. Etienne, *La langue française depuis les origines jusqu'à la fin du XI^e siècle*, 1892. Gastón París, *La Vie de Saint-Alexis*, 1872. P. Meyer, *Poème de Boèce*, en la «Romania», 1872. Groeber, *Grundriss der romanischer Philologie*, 1888, y sobre todo, *Übersicht über die lateinische Literatur von der VI. Jahrhundert bis 1350*, tomo II, primera parte, 1893.

ambos dominios aparecen menos marcadas en el siglo XI de lo que lo serán en época posterior; muchos de los más antiguos monumentos de nuestra lengua son textos híbridos en los cuales las formas francesas se mezclan con las formas provenzales, y ciertos caracteres propios de la lengua del Norte no se encuentran aún en el poema de *San Alejo*, que es de mediados del siglo XI, y apenas comienzan á prevalecer en la *Canción de Rolando*.

Los dialectos, formados desde hace tiempo, constituyen, como ha dicho un autor, «un vasto bordado en cañamazo, de mil matices insensiblemente graduados.» En el territorio francés, el habla de la Borgoña no se confunde ya con las de Normandía, de la Picardía ó del país valón. El dialecto de la Isla-de-Francia, colocado en el punto de unión de los principales grupos lingüísticos del Norte, comienza á surgir de esa triple fuente; las circunstancias históricas le asegurarán el predominio y con el rey de Francia marchará á la conquista del reino.

La región provenzal presenta, entre el Garona, los Pirineos y el Océano, un primer dialecto perfectamente distinto, el gascón, con sus caracteres cortados que se explican por la proximidad del español y sin duda también por los rasgos propios de la lengua ibérica de que se servían los antiguos aquitanos. En el extremo opuesto, el habla usada en el Ródano medio, en Saboya y en el Delfinado, forma asimismo un grupo especial que fácilmente puede reconocerse por esa mezcla de elementos del Norte y del Mediodía, de donde procede el nombre de franco-provenzal que le ha dado un sabio italiano. En el centro, los dialectos provenzales propiamente dichos, tales como el languedociano, el catalán y el auvernés, reconocerán muy pronto la superioridad del lemosín, destinado á ser, gracias á los trovadores, el lenguaje de la literatura galante y de la poesía cultivada.

Las diferencias entre los dialectos no corresponden en absoluto á las divisiones feudales: la naturaleza las ha creado por la acción continua de su fuerza obscura, sin que la política haya influido para nada en esa evolución lingüística. Los dialectos no siguen los límites de los grandes feudos más que en los casos en que éstos tienen sus fronteras perfectamente señaladas por corrientes de agua ó por montañas; pero como las circunscripciones feudales se amoldaron por lo general á la naturaleza del suelo, de aquí que el mapa lingüístico de Francia se parezca en muchos puntos al mapa político.

Los franceses del Norte y del Mediodía que no pueden ó no quieren emplear el idioma del clero, poseen desde aquel momento un medio de expresión literaria y empiezan á servirse de él. En el período que precedió á los grandes movimientos de la reforma eclesiástica, de las cruzadas y de la emancipación municipal, hizo sus primeros ensayos la literatura romana bajo el patronato de la religión y del clero. Como siempre, la poesía precede á la prosa, pero únicamente se utiliza para traducir los libros sagrados ó para celebrar las virtudes de los santos: antes de recrear edifica.

La única obra escrita en lengua de oil que nos queda de aquella época remota y que realmente pertenece á la literatura, es un poema de 625 versos, escrito en estrofas asonantadas, en el que se resucita la leyenda latina

de San Alejo: es la historia novelesca de un joven noble italiano que sacrifica á Dios el amor de su esposa, abandonada el mismo día de la boda, y que después de mil peripecias vuelve al hogar paterno sin darse á conocer, para vivir en él como el servidor más ínfimo y dar á los hombres una gran lección de humildad. A pesar de su fama, el poema de San Alejo, retocado bajo diversas formas en los siglos XII, XIII y XIV, ha llegado hasta nosotros sin nombre de autor. Se atribuye á un canónigo de Ruán, Tomás, nacido en Vernón, quien lo habría compuesto entre 1040 y 1050; pero esto no pasa de ser una hipótesis más ó menos aceptable. Su lenguaje, que no carece de color ni de relieve, es indudablemente más arcaico que el de la *Canción de Rolando*; el verso es el decasílabo, de que tanto abusará la epopeya; algunas escenas patéticas, tratadas con un vago sentimiento artístico, realzan este bosquejo primitivo, y sobre todo tiene el mérito de ser la primera composición literaria en idioma francés que poseemos.

Desde el siglo IX habíase establecido la costumbre de celebrar en cantilenas heroicas, de forma más ó menos popular, las hazañas, verdaderas ó falsas, de los predecesores de los Capetos (Clodoveo, Dagoberto y Carlomagno), el ímpetu guerrero de los grandes barones (Girart de Rosellón, Guillermo de Orange ó Raül de Cambrai) y las sangrientas batallas que se libraban entre las razas provinciales (franceses contra aquitanos, loreneses contra borgoñones) ó entre las religiones enemigas (cristianos y sarracenos). Estas canciones primitivas se han perdido, pero han sido el embrión de las epopeyas que en tan gran número brotarán á fines del siglo XI y singularmente durante el siglo XII.

La poesía lírica no consiste todavía más que en cantos con estribillo que sirven de acompañamiento á las danzas en las fiestas de la primavera; es una corriente amplia de inspiración popular que se restringirá más adelante para sacar de ella poemas de corte, los de los trovadores y trovadoras.

La fábula, cuyos personajes son los animales, aparece ya en narraciones muy sencillas, imitaciones del apólogo clásico, que posteriormente, cuando serán fecundadas por la imaginación de los ministriles, darán origen á las innumerables «ramas» del romance de Renart.

En el siglo XI se manifiesta también el drama litúrgico bajo la forma de preguntas y respuestas añadidas al texto de los oficios de Navidad y de Pascua, al principio en latín y luego en romance.

En el Mediodía, como en el Norte, la idea religiosa es la que inspira las primeras tentativas de la literatura en lengua vulgar; y sin embargo, el monumento literario más antiguo de la lengua de oc, el fragmento del poema sobre *Boecio*, que data de fines del siglo X, es de una inspiración filosófica casi profana. El clérigo desconocido que escribió aquellos 250 versos de diez sílabas no era ciertamente un ignorante; de una antigua biografía latina de Boecio toma los detalles que da acerca de la vida y del cautiverio de aquel á quien se ha llamado «el último romano;» pero también ha leído sus obras, puesto que imita el *De consolatione philosophiae* en largas tiradas de versos destinadas á demostrar la insignificancia de las cosas humanas. Este filósofo no es seguramente un artista, y en vano buscaríamos en aquel documento lingüístico un destello de poesía.

¡Cuán pequeña resulta esa primera evolución de la literatura romana, comparada con el florecimiento colosal de la literatura latina que comienza con el advenimiento de nuestros Capetos para durar cerca de cuatrocientos años! El latín reina en absoluto en el siglo XI, puesto que el poder que prevalece en el orden intelectual y moral es la Iglesia; la literatura sería (y á veces hasta la que no lo es), la filosofía, la historia, el derecho, la ciencia, se expresarán más que nunca en el lenguaje del clero, hecho sensible, sin duda alguna, ya que las inteligencias más privilegiadas estaban en el lado latino, y ¿quién sabe lo que habrían podido producir las letras francesas cultivadas por la parte más instruída y más distinguida de la nación?

La literatura eclesiástica, imponiendo sus tradiciones y sus formas consagradas, hace vivir una lengua muerta, pero aprisiona en ella la inteligencia y no le permite elevarse á las concepciones originales. En este punto especialmente, nada se encuentra que no lleve impreso el sello del espíritu religioso. Sin embargo, la actividad de los clérigos y de los monjes, más amplia y más libre que en tiempo de los Carlovingios, ejercitase en los más diversos géneros; ya no está dominada, como antiguamente, por el genio de un jefe de imperio ni por una academia de letrados cortesanos como la que dirigía Alcuino, cuyos decretos tenían fuerza de ley; depende menos de las circunstancias externas, ya no se siente en el mismo grado la influencia de los acontecimientos históricos y obra más por impulso propio; pero sigue moviéndose casi dentro del mismo círculo y no puede emanciparse de la autoridad religiosa que le dicta su pensamiento y le impide, hasta cierto punto, cambiar los moldes del mismo.

En prosa, entre la masa enorme de escritos latinos, predomina lo que más gustaba en la Edad media, comentarios de la Biblia, sermones y opúsculos edificantes, tratados de enseñanza moral ó política piadosamente inspirados en la tradición clerical, trabajos de polémica sobre el dogma y la disciplina, vidas de santos, biografías de obispos y abades, é historias de los monasterios, de los obispados ó de los cabildos. Poco importan las repeticiones, la pesadez, la aridez ó la monotonía de las compilaciones narrativas ó didácticas, ya que hay privilegios para los lectores devotos á quienes nada desanima. Fulberto de Chartres, Odilón de Cluni, Berenguer de Tours, Abbón y Aimoin de Fleuri, Odoranne de Sens, Fulberto de Saint-Ouen, Ademar de Chabannes, Dudón de Saint-Quintin, Guillermo de Poitiers, Raúl Glaber atraen la admiración de un público que se preocupa poco de la proporción y del gusto, con tal de que le edifiquen con narraciones de milagros y que le instruyan al por mayor en las verdades eternas ó en los acontecimientos contemporáneos.

La mayor parte de estos prosistas cultivan también, bajo mil formas, la poesía latina, abriendo de este modo el camino á los Marbode, á los Baudri y á los Hildebert del período siguiente, que serán excelentes versificados. Fulberto de Chartres y otros muchos inician la serie interminable de himnos, elogios, poemas morales, leyendas versificadas y epitafios de que están llenos los manuscritos. A falta de imaginación y de verdadero arte, estos poetas tienen la habilidad manual, la flexibilidad y la fecundidad; gústanles los giros difíciles y son

maestros en materia de acrósticos y de las más extrañas invenciones rimadas. Todo ello constituye el triunfo del mal gusto y de la ingeniosidad pueril; pero precisamente por esto agradaban aquellos poetas á sus contemporáneos ó á lo menos á la sociedad letrada. El siglo XI en sus comienzos no conoció otra poesía lírica y los franceses del Norte todavía se contentarán con ella durante mucho tiempo.

II.—La enseñanza (1)

El movimiento intelectual de aquella época sale por entero de la escuela: prosistas ó poetas, todos han enseñado como profesores ó recibido enseñanzas como alumnos en los obispados ó monasterios en boga, puesto que la Iglesia añadía á sus funciones sociales la pesada carga de la instrucción pública. No hay más cuerpo docente que el clero, porque éste es el único instruído y capaz de instruir y porque toda la enseñanza de la Edad media tiene por objetivo final el estudio de la teología.

El clero, no sólo proporciona los educadores, sino que además tiene á su cargo la vigilancia y la inspección de la enseñanza. El obispo es quien en cada diócesis otorga á los maestros la capacidad legal necesaria para el desempeño de sus funciones, la *licentia docendi*; de igual autoridad disfrutaban algunos cuerpos colectivos, los cabildos catedrales y colegiales, quienes á veces tienen también sus escuelas, distintas de las del prelado, y en las abadías, sobre todo en los monasterios exentos (ya lo hemos visto respecto de Cluni), la suprema dirección de la escuela está en manos del abad. En un principio el jefe de la diócesis ó de la abadía ejercía su derecho en persona; pero andando el tiempo, cuando las escuelas se multiplicaron, desprendióse de aquel cuidado, por lo menos en cuanto á la parte técnica, confiándolo á un funcionario especial, el *maestro de escuela ó maestr-escuela*.

En las parroquias rurales existen ya pequeñas escuelas cuya organización es más ó menos sencilla según la importancia de las localidades: unas no tienen más que un «rector de escuela», que naturalmente es el cura, pues desde los tiempos de Carlomagno habíase invitado á los jefes de las parroquias á instruir á los niños de su feligresía. En otras partes encontramos uno ó varios maestros especiales puestos bajo la vigilancia del párroco y aun en ciertos casos hasta nombrados por él. Pero casi nada sabemos acerca de esa enseñanza moral, ya que la atención de los contemporáneos se fijó exclusivamente en las grandes escuelas de las catedrales y de las abadías.

Figura en primer término la de Reims, ilustrada en

(1) OBRAS DE CONSULTA.—L. Maître, *Les écoles épiscopales et monastiques de l'Occident depuis Charlemagne jusqu'à Philippe Auguste*, 1866. Bourbon, *La licence d'enseigner, le rôle de l'écolâtre au Moyen âge*, en la «Revue des questions historiques», tomo XIX, 1876. Cuissard, *L'École de Fleuri-sur-Loire*, en las «Mémoires de la Société archéologique de l'Orléanais», tomo XIV. Porée, *L'Abbaye du Bec et ses écoles*, 1892. Péchenard, *De Schola Remensi decimo saeculo*, 1875. De Crozals, *Lanfranc*, 1877. Pfister, *Robert le Pieux y De Fulberti vita*. Picavet, *Gerbert, un pape philosophe d'après l'histoire et la légende*, 1897. Clerval, *Les écoles de Chartres au Moyen âge*, 1895. Fitting, *Le scuole di diritto in Francia durante l'XI secolo*, en el «Bollettino dell'istituto di diritto romano», 1892, tomo IV.

un principio por el maestrescuela Gerberto, adonde acudían á instruirse al lado de un clero escogido hijos de reyes, como Roberto II, y de donde salieron una multitud de alumnos que se diseminaron por Lorena y Francia, estableciéndose en Toul, en Lieja, en Chartres y en Angers. Más adelante, la misma escuela tendrá un reverdecimiento de popularidad en tiempo de los arzobispos Gervasio de Château-du-Loir y Manasés II, cuando el maestrescuela Bruno, el fundador de la Cartuja, contará entre sus discípulos al monje que llegará á ser el papa Urbano II.

La escuela de Chartres, personificada singularmente por Fulberto, vió propagada su fama á los lejanos territorios por franceses y extranjeros. Los que allí estudiaban, no sólo cursaban literatura ó ciencia, sino que consagraban una parte del tiempo á cantar misa y á celebrar los oficios litúrgicos con los canónigos de la iglesia de Nuestra Señora; vivían en una especie de comunidad y se trataban de «hermanos», y su afecto hacia un profesor como Fulberto traduciase en frases conmovedoras: «No, le escribía Hildegario, el tesorero de San Hilario de Poitiers, no puedo soportar, si no es obligado por vuestros mandatos, mi destierro y la imposibilidad demasiado prolongada en que me encuentro de cumplir mis deberes con Nuestra Señora y con vos. Como el ciervo que desea el agua pura de los manantiales, así deseo yo impregnarme más plenamente de vuestras enseñanzas, de esa palabra que me es más necesaria que el oro, la plata y la vida misma.» Adelmán de Lieja deplora también la necesidad de vivir lejos del maestro: «Cada recuerdo que de él he conservado aumenta mi llanto; yo era su huésped, estaba á menudo á su lado y bebía ávidamente las palabras de oro que brotaban de sus labios dulces como la miel.»

La escuela de Angers, conocida ya en el siglo X, pero restaurada en el XI por los discípulos de Fulberto, contaba entre sus alumnos á Godofredo Martel, el futuro conde de Anjou; á Marbode y á Baudri de Bourgueil, que serán obispos letrados, y á Roberto de Arbrissel, fundador de Fontevrault, y se poblaba de estudiantes que acudían, no solamente desde el Anjou, el Maine y la Turenna, sino que también desde Normandía, Bretaña y hasta de Inglaterra.

Otro discípulo de Fulberto, Lamberto, enseñaba en París. En las aulas de las escuelas de la Cité congregábanse en gran número jóvenes procedentes de todos los países de Europa: allí estaban, al lado de Esteban Harding, el inglés que será el primer abad de Císter; el italiano Pedro de León, que llegará á ser el antipapa Anacleto II; el polaco Estanislaw, más adelante obispo de Cracovia, y los alemanes Adalberón, Gebhard y Altmann, que ocuparán las sedes episcopales de Wurzburg, Salzburgo y Passau.

En Laón, Anselmo enseñaba con gran brillantez teología, rodeado de discípulos que le daban Francia y los países vecinos; la celebridad de la escuela de Orleáns, más antigua, traspasaba las fronteras del reino, y hasta el Mediodía, menos favorable al desenvolvimiento de la cultura eclesiástica y científica, sentíase orgulloso de sus escuelas episcopales de Perigueux y de Poitiers. En esta última estudiaban el historiador Guillermo, llamado de Poitiers, el predicador Raúl Ardent é Hilario, el maestro del filósofo Gilberto de la Porrée.

En todas partes el renacimiento escolar exaltaba los entusiasmos, estimulaba las vocaciones y elevaba, á lo menos entre el clero, el nivel general de las inteligencias. La Iglesia secular no conservó, sin embargo, mucho tiempo el monopolio de aquel movimiento, pues los monjes, aunque obligados á proceder con mayor reserva en sus relaciones con el siglo, quisieron también participar de la influencia que los estudios superiores daban á los que los propagaban.

A fines del siglo X, millares de oyentes recibían la enseñanza de Abbón en la escuela monástica de Fleuri ó de Saint-Benoît-sur-Loire; en Tours, la escuela metropolitana difícilmente podía sostener la competencia de la de San Martín, en donde explicaban el maestro Berenguer y sus discípulos, Eusebio Brunón é Hildeberto de Lavardín; de Marmoutier salieron el filósofo Gaunilón, el sabio Sigón, abad de San Florencio de Saumur, y el médico Raúl de Maucouronne. Y en el Anjou, las escuelas de San Aubín y de Bourgueil; en París, las de San Germán de los Prados, de San Dionisio y de San Mauro; en el Norte la de San Riquier, en donde enseñaba Angelramn; en Sens la de Saint-Pierre-le-Vif, ilustrada por el orfice letrado Odoranne; y finalmente, en el Mediodía las de la Daurade de Tolosa, de San Marcial de Limoges, de San Hilario de Poitiers y de San Víctor de Marsella, llevaban al lado del clero regular una multitud de estudiantes que se convertían en admiradores decididos de la vida monástica.

De todas las escuelas claustrales ninguna ejerció sobre la sociedad religiosa y secular tanta importancia como la de Cluni: el sistema de enseñanza cluniacense se propagó á todas las regiones adonde se extendía su dominación directa. Figura en primer término, entre sus propagadores, Guillermo de Dijón ó de San Benigno (961-1031), que fué un apóstol infatigable y gracias al cual la abadía de San Benigno fué una escuela célebre frecuentada por los italianos y hasta por clérigos de Oriente. La reputación europea de Guillermo decidió á Ricardo II, duque de Normandía, á confiarle una de las obras más importantes de aquella época, la reforma y la reorganización escolar de la abadía de Fecamp.

La gran provincia normanda era una de las que mayor celo mostraban por los estudios superiores: aquel mismo duque Ricardo había llamado á su corte á varios sabios griegos y armenios, y todos los años algunos monjes de Sinaí acudían á ella para participar de sus liberalidades. San Simeón, á quien sus contemporáneos admiraban por sus conocimientos de las lenguas orientales y occidentales, había fundado en Ruán la escuela de la Trinidad. Los estudiantes de Normandía y de Inglaterra afluían á Jumièges, á Saint-Wandrille, á Avranches, á Saint-Victor de Bayeux, á Saint-Evroul, á Saint-Ouen de Ruán, y en todas estas escuelas legiones de copistas trabajaban en difundir los manuscritos de la antigüedad; mas todo palideció muy pronto á mediados del siglo XI ante el brillo singular que surgió de repente de la escuela de la abadía del Bec, bajo el impulso de un profesor de primer orden, el italiano Lanfranc.

Ya hemos visto á éste en funciones de hombre de Estado, asociado á Guillermo el Conquistador; pero su gloria más indiscutible es sin disputa la que debió á la enseñanza. Orador, teólogo, gramático, legista, escritor correcto y elegante, ocupa un puesto tan eminente en el